

La escuela del «toreo de salón». La arquitectura joven sevillana

Han transcurrido una decena de años desde que la Escuela de Arquitectura de Sevilla, la primera surgida con la explosión de la población universitaria de entonces, tras las tradicionales de Madrid y Barcelona, comenzase a dar títulos a hornadas sucesivas de nuevos arquitectos.

Los años finales del franquismo, el período del *desarrollismo*, de la apertura de fronteras culturales y de la incipiente industrialización de Andalucía, son el ámbito en el que unos centenares de arquitectos andaluces inician su trabajo.

Estas *exóticas latitudes* (así calificaba a nuestra región nuestro querido amigo Oriol Bohigas) no fueron mucho más extrañas, chocantes o extravagantes que otras más al norte, y ello ni siquiera en nuestro siglo (remontarnos más en el tiempo podría llegar a ser cruel). Ciertamente cuando José Luis Sert construye en Sevilla su primera obra, la casa de sus primos los Duclós, el panorama arquitectónico está electrificado por el *montaje* de la Exposición Iberoamericana; pero aún así su obra no será el único exponente de los nuevos vientos que, aunque flojo, nunca dejan de soplar del todo allí donde se den un mínimo de condiciones.

A manera de argumento panorámico de nuestra cultura —nada de *argumentalidad*—, el papel de la latitud andaluza en la generación del 27 bien valdría para recomponer la verdadera dimensión de la cultura andaluza, en sus contrastes y en sus ambigüedades, y seguidamente iniciar el juego del puzle de esa estampa a nivel de toda la península.

Cierto, sin duda, que en Andalucía, en su postración social y económica, la producción cultural languidece tanto más cuanto más imbricada está cada parcela con los condicionantes estructurales. Justamente esa postración adquiere ribetes patéticos a lo largo de la Dictadura franquista, sólo tímidamente difuminados en los últimos años, tras la reconversión de nuestro capitalismo nacionalista —menos en el campo— hacia posiciones en cierto modo homologables con las del ámbito europeo.

La arquitectura sevillana de los sesenta y los setenta va acomodándose, en su reducida dimensión, a lo que son las líneas de tendencia que se aprecian en otros ámbitos de España. La dicotomía Madrid-Barcelona, o la evidente entre producto comercial y producto cultural —tan querida a los que se consideran *arquitectos*—, encuentran su eco en Sevilla. Al igual que ocurre con otros campos culturales como pueda ser, por ejemplo, la pintura.

No sin curiosas duplicidades, por otra parte explicables, se va conformando la doble alternativa al trabajo profesional: la arquitectura de consumo o el ejercicio intelectual, y ello no necesariamente identificado con la respectiva división entre oficinas grandes y pequeños estudios. (El ranking de ingresos profesionales suele contar en su cabeza con nombres que dirigen estudios de reducida infraestructura, así como algunos arquitectos mantienen una *tensión cultural* dentro de estudios grandes.)

Luis Marín de Terán, arquitecto culto, maestro de muchos de los más jóvenes, representa —y nunca mejor di-

cho— la beligerancia de las posiciones arquitectónicas. Catalanista aunque titulado en Madrid, bien informado aunque muy selectivo, invocante de las *superaciones* de cada coyuntura con nombres propios, de Kahn a Venturi, de éste a los Five, con un relativismo progresivo hilvanado con *la lógica de los tiempos*. (Proceso de superación con una fuerte fijación elitista, de modo que difusión equivale a obsolescencia.) Luis Marín es como un elemento puente entre el provincianismo más o menos habitual, con excepciones, entre las docenas de arquitectos residentes en Sevilla hacia 1965, y las personalidades más destacadas dentro de las promociones surgidas de la Escuela, aunque mueva al reconocimiento más inquebrantable o al rechazo, precisamente, apasionado.

No es fácil establecer una definición de conjunto de esos *arquitectos* interesantes salidos de las aulas de Sevilla, algunos de los cuales muestran su trabajo en este número de la revista. Hablar de una *Escuela de Sevilla* (ya se intentó algo parecido con nuestros novelistas) podría significar una dudosa operación de *promoción*, por otro lado ya muy manida. (Que ese tipo de operaciones se han montado es algo indudable, y alguna vez valdría la pena hacer una pequeña historia de esos *montajes*.)

¿Qué hay de común entre la arquitectura de José Ramón Sierra y la de Gonzalo Díaz Recasens, por ejemplo? En los Sierra existe una voluntad de virtuosismo que denota la obsesión por la obra personal, sin guiños ni referencias estilísticas —que se esgriman como tales—, sin prejuicios que no

sean casi sólo los psicológicos. Es curioso contemplar en sus proyectos una excitante simbiosis entre intuición y rigor, como la que se aprecia en una obra tan importante como la casa en la calle Pedro del Toro (ejemplar para la arquitectura a hacer en el centro histórico). Este es un riesgo —que en el ejemplo citado se decanta favorablemente— que Sierra asume con una seguridad —aparente al menos, es decir, voluntad de seguridad— propia de los maestros de la época dorada del movimiento moderno.

Por su parte, en los proyectos de Díaz Recasens la componente psicológica de su personalidad genera una fijación del método proyectual, la composición por partes. Desde los ejercicios reducidos en su serie de locales bancarios, hasta el interesante edificio de la Facultad de Económicas, realizado en estrecha colaboración con Fernando Villanueva, el valor abstracto de las piezas, a veces de definición más literaria que espacial, busca una recurrencia a la categoría formal-monumental a través de la yuxtaposición. En éste, como en casi todos los demás arquitectos jóvenes cuyos trabajos se reproducen aquí, hay una insistente voluntad autonómica para la disciplina, con la esperanza de que la hipótesis de su control pueda convertirse en realidad.

La invocación, esa fórmula adherida a nuestros arquitectos contemporáneos, puede llegar a ser mágica en ocasiones (¡funciona!), pero ridícula en las más. Entre arquitectos sevillanos sobre la treintena, todos vocacionales y artesanos de su autoría, la remisión a las pautas estilísticas no debe ser rechazada *a priori*, cuando en los grandes invocados reina ya, a su vez, el mismo juego, si bien sea en cotas exquisitas, king size. Aquí tenemos buenas invocaciones, de labor *caldo de gallina*, en las que encontrarse alguna estaca no debe mover a indignación: basta con retirarla y seguir aspirando.

Los trabajos de Cruz y Ortiz, o los proyectos de González Cordón, son demostrativos de cómo vale recurrir a la racionalidad del lenguaje con la técnica del collage y la sana exposición de las partes propias y ajenas, confrontadas en un ejercicio saludable para quienes lo practican o para quienes lo siguen con espíritu deportivo.

Lo que en unos pueda haber de ejercicio de la memoria y de referencias a un amplio espectro (que no es lo

mismo que eclecticismo vulgar, en razón al control del que ese espectro es resultado), en el otro, el manierismo de la *tendenza* alcanza una dignidad proyectual, poco habitual en un recién graduado, tanto en la idea de representación como en la afortunada ausencia de los tics *ortodoxos*. Esa dignidad resulta muy adecuada, para aclarar cómo el *acné* del rossianismo no es una acusación que sirva para abarcar todos los recovecos de una *manera* de tal importancia histórica que no se liquida a golpe de palmeta. (Porque también sería adecuada para enriquecer una hipotética polémica local, tan sólo apuntada en dicitarios fiscalizadores escolares adobados en porteño.)

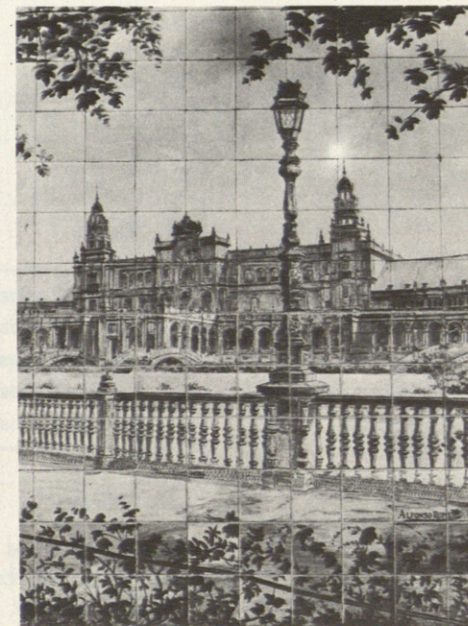
Tipología edilizia e morfología urbana son conceptos que para una ciudad histórica como Sevilla adquieren valor de conjuro. ¡Por fin la *seriedad científica*, en pura arquitectura, barrerá a los epígonos enquistados del furgón de cola de la Academia! (Pero, ¡coño!, no resulta tan fácil. Parece como si la Academia estuviese más viva que la *tipología edilizia*. Y la verdad es que aquí no hay más vivos que los vivos, y aquello de que *más sabe el diablo...*) Pero todo se irá. Estamos en el tránsito, aunque al final del tránsito quizá no quede ya *tipología edilizia*, y haya que estudiarla en la *otra ciudad*. (Hará falta un Morgado que relate un cambio tan importante como el del XVI.)

Los proyectos y obras de Torres y Antonio Barrionuevo, como algunos trabajos de Ruesga y Villanueva, había que situarlos dentro de sus preocupaciones por *lo urbano*, por esa fórmula tan manida (¡qué remedio!) de la *construcción de la ciudad*. La referencia a la identidad de Sevilla, desde los modelos genéticos a la formulación ejemplar de un lugar exacto, es una metodología disciplinar que en la etapa analítica alcanza niveles verdaderamente notables. Las técnicas de representación y los levantamientos orientados por Torres y A. Barrionuevo en la Escuela de Arquitectura, alcanzan un valor inmenso que al cabo de los años puede llegar a traducirse en un corpus de inestimable valor.

El temple de honestidad profesional-proyectual de Francisco Barrionuevo enseñando cómo se mata recibiendo (y sin pestañear); o el volapié, tras un aliñado toreo de capa, de Manolo Trillo (esto sí es *argumentalidad* —argumentalidad exótica—), ha permitido producir el casi milagroso panorama

de un conjunto numeroso de *corridas* en las que ha habido de todo, pero lo bueno ahí está. (Ahí está el ejemplo de Marín.) Es muy hermoso ver diestros de tan variada fortuna, pero todos *artistas*. Los maletillas esperan su oportunidad. En arquitectura, afortunadamente, también existe el *toreo de salón*.

Victor Pérez Escolano.



(Viene de la pág. 7.)

la que es preciso pasar, aunque sea a deshora. La presencia de los constructivistas, Terragnis, Bauhaus, etc., parece confirmarlo. En definitiva, todo un esfuerzo en *busca del tiempo desperdiciado*, cuya recompensa será esa Escuela Sevillana que hoy aún no existe. ¿Puede esto ser un objetivo?

Precede a todas estas obras un artículo de Víctor Pérez Escolano que las introduce y explica.

Otros dos artículos, uno de Fernando Villanueva, Juan Ruesga y Lino Alvarez sobre lo que, a la espera de su escrito y para entendernos, podríamos llamar Arquitectura sin arquitectos, y otro de J. R. Sierra sobre las Intervenciones en el Casco Histórico de Sevilla, publicados en su situación profesional, cerraran el segundo de los dos números con que la revista Arquitectura quiere acercarse a Sevilla.